

CAPITULO VII.

El abandono de Maximiliano.

I

Desde el último empréstito, el estado de la hacienda pública en México no había mejorado, y desde la suspensión del licenciamiento decretado por Maximiliano, la reorganización del ejército no había casi progresado. Bazaine, según se ha dicho (1), había solicitado regresar á Francia; pero yo supongo que estaba seguro de que no se le permitiría, porque se le creía indispensable. Confirmado en su alta situación (15 de marzo de 1865), gozó de ella descuidadamente. Criticaba á los ministros mexicanos, se quejaba de su insuficiencia y dejaba pasar el tiempo,

1 En el capítulo de *El Imperio Liberal* anterior á éste, dice Ollivier, fundándose en un artículo publicado en *Le Figaro* de París (24 de enero de 1894), que «Kératry, adicto á la persona de Bazaine en México, había sido enviado por su jefe á París, con objeto de solicitar que se le llamara á Francia para prestar sus servicios más eficazmente en la región del Rin, y que el emperador Napoleón había contestado: «Decid al mariscal que «tiene toda mi confianza, que sus servicios me son indispensables allá, y «agregad que, á pesar de todas las excitativas interesadas, no me batiré «en el Rin.» Esta persistente inactividad de Napoleón III, su resolución tenaz de no mezclarse en la querrela que acababa de surgir entre Prusia y Austria y que había de dar por resultado inmediato Sadowa y después Sedán, ha sido explicada de diferentes maneras. Ollivier da de ella una explicación en extremo interesante: dice que la incipiente enfermedad del emperador (mal de piedra) había debilitado su inteligencia y enervado su energía al grado de hacerle abrigar la quimérica esperanza de que la enemistad entre Prusia y Austria debilitara á esas dos potencias y fortalecería á Italia, haciendo, en todo caso, de la primera y de la última las aliadas de Francia; pero rechaza vigorosamente la idea de que tal inactividad proviniera de que la expedición de México hubiese agotado los recursos militares del imperio. A ese respecto, se expresa como sigue: «Se ha pretendido que esa inmovilidad militar era forzosa, que la expedición

olvidándose de que la reorganización del ejército mexicano, sobre todo desde que él mismo había procurado la disminución del cuerpo expedicionario, debía ser su principal preocupación. Pero más que en el ejército de Maximiliano, pensaba en una hermosa joven, la Srita. Josefa Peña y Azcárate, con quien iba á contraer matrimonio. Razón habían tenido los reyes de España para prohibir á sus gobernadores generales en América, que se casaran con mujeres del país!

de México había dejado exhaustos nuestros arsenales y las arcas de nuestro erario. ¡Fábula forjada por la ignorancia ó por la mala fe! En 31 de diciembre de 1862 el cuerpo expedicionario francés en México contaba con 28,000 hombres, 5,845 caballos, 549 mulas, 8 piezas de á doce de sitio, 6 piezas de á doce de reserva, 24 piezas de á cuatro de campaña, 12 piezas de montaña: por todo, 50 bocas de fuego. Ese material no llegó á aumentarse y sólo algunos miles de hombres se añadieron á ese efectivo. Las piezas de artillería estaban dotadas de 623 tiros por pieza y la infantería consumió 12,882, 116 cartuchos, es decir, poco más ó menos lo que hubiera consumido en ejercicios de tiro en tiempo de paz, si hubiere permanecido en Francia. Los gastos no habían llegado á 300 millones de francos y de esa cifra había que descontar lo que el mantenimiento del cuerpo expedicionario hubiese costado en Francia, á razón de un millón anual por cada mil hombres. Pero, aun sin hacer esas deducciones, ¿cómo un gasto de 300 millones y el envío de 50 piezas de artillería, habría agotado arsenales en que había material de guerra por valor de 630,661,852 francos, 10,994 cañones, 2,546 obuses de sitio y 3,671 de montaña, 3,513 morteros de bronce, sin contar 3,000 cañones de hierro, 1,800, 000 fusiles y pólvora para hacer la guerra durante diez años? ¿Y cómo la ausencia de 28,000 hombres, habría aniquilado á un ejército que podía reunir bajo sus banderas, en un mes, por el llamamiento de las reservas, 450 000, hombres, sin contar los ejércitos de Italia y de Africa, y que podía, en algunas semanas, alcanzar la cifra de 600,000 hombres?» Ollivier da estas cifras, tomándolas de la *Cuenta general del material de guerra para el año de 1866*, aprobada por la Corte de Cuentas y por la Cámara, y apoyándose en lo dicho, por el mariscal Randon en sus *Memorias* (tomo II, págs. 219 y siguientes) y añade: «Jamás se ha contrapuesto a estos documentos incontestables más que negaciones sin ninguna autoridad, no basadas en prueba alguna, ó habladurías, más ó menos verosímiles, pero sospechosas, de oficiales murmuradores, de esos que abundan siempre en nuestro ejército y que dan su fallo sin ton ni son acerca de lo que ignoran». Las anteriores razones parecen convincentes y con ellas quedan destruidas no sólo las afirmaciones que hicieron entonces los enemigos de Napoleón, sino también las de algunos de sus amigos; por ejemplo, las de Persigny, que dice en sus *Memorias* (pag 351): «Los ministros habían ocultado á la Cámara los gastos de México, disimulándolos por medio de giros de créditos del ramo de guerra; así habían agotado y vaciado nuestros arsenales sin atreverse á pedir á las Cámaras que los reabastecieran, y habían llegado hasta á desarmar completamente al país»—NOTA DEL TRADUCTOR.

El contingente austriaco había creado dificultades: su jefe, el Gral. Thun, no había consentido en formar parte de la legión extranjera; ni siquiera había querido aceptar la dirección de Bazaine: entendía ser su aliado y nada más. Para dejarle su independencia, se le había establecido en Puebla, en donde había tenido diferencias con la población y de donde había dejado escapar á Porfirio Díaz y á sus oficiales, proporcionando así al enemigo jefes que comenzaban á faltarle. Empero, Maximiliano le encargó que reorganizara su ejército (5 de mayo), aunque no sin haber dado, por cortesía, al mariscal, las gracias por los servicios que no había prestado. Entonces Bazaine salió de su letargo y comunicó al emperador que ponía al Gral. Lhéruillier á su disposición. Maximiliano ni siquiera contestó á aquella comunicación tardía.

Aparentemente, sin embargo, las relaciones entre ambos seguían siendo cordiales y el emperador, al recibir noticia del matrimonio proyectado, hizo á la novia el donativo del más hermoso palacio de México. Pero en sus respectivas cartas á Napoleón, se denigraban uno á otro lo más que podían.

Bazaine procedía con suavidad, con insinuaciones felinas. De su gabinete partían simultáneamente, dirigidos al ministro de Guerra en Francia, dos informes, militar el uno, político el otro; y al emperador Napoleón le escribía cartas particulares que resumían ambos informes. Según los informes militares, todo marchaba á maravilla; todo andaba mal, según los informes políticos.

Júzguese de ese contraste por los documentos siguientes: «Tuve ya ocasión de llamar la atención de V. E. hacia la lamentable tendencia del gobierno del emperador Maximiliano, á rodearse de consejeros pertenecientes al partido democrático. Ahora debo decirle que sería ésta la oportunidad de cambiar á un gran número de autoridades políticas y militares, criaturas de las disidentes, que han sido nombradas últimamente en los alrededores de la capital, porque dejarlas en sus puestos constituiría un peligro en el centro del imperio, si las complicaciones venidas del exterior las movieran á volverse todas á un tiempo contra el gobierno. El asesinato del presidente Lincoln y la rendición del Gral. Lee han causado en México una gran sensación. Los disidentes no han disimulado su regocijo y sus partidarios esparcen la alarma, amenguando la poca confianza

que tienen los mexicanos en la estabilidad del gobierno y estimulando á los juaristas. El emperador Maximiliano no encuentra más que ovaciones en la excursión que hace actualmente, y sin embargo, *se ve uno obligado á reconocer que el imperio es hoy menos popular que en sus comienzos.* Eso proviene: 1º del brusco cambio de política, que ha hecho que los consejeros de S. M. sean escogidos entre los miembros de un partido insuficientemente adicto, lo cual ha provocado descontento entre los que trabajaron en el establecimiento del imperio; 2º del malestar producido por la larga espera de que la máquina gubernamental funcione regularmente y salga de las teorías para pasar á la práctica; 3º de la penuria del tesoro, que ha motivado que sean hechos á un lado y dejados en la miseria muchos oficiales del ejército mexicano; 4º de la revisión de los bienes nacionalizados, medida que sigue siendo impopular. El aniversario del 5 de Mayo,—nuestro desastre frente á Puebla—ha permitido darse cuenta del *desagrado general*, provocando manifestaciones que han sido poco importantes, gracias á la vigilancia de la policía, pero que no por eso han dejado de verificarse, dando margen á cierto número de aprehensiones. La gran dificultad para la organización de las provincias del imperio, estriba en la falta absoluta de funcionarios con quienes se pueda contar si no están bajo la tutela ó el mando de algún oficial. En resumen, los habitantes, especialmente los grandes hacendados, *sufren un excesivo malestar*, justificado suficientemente por la *poca confianza que tienen en el presente y las inquietudes que les inspira el porvenir.* «Por eso las transacciones son nulas y los negocios se resienten considerablemente de ello» (1). «Con persistencia y energía dominaremos la situación actual; pero será necesario no mostrarnos tímidos. Por eso emprendo operaciones lejanas, que tengo la íntima convicción de que duplicarán el prestigio de nuestras armas. Ruego á V. M. *que no se inquiete*; estoy persuadido de poder hacer frente á los mexicanos, aun reforzados por filibusteros americanos, con las tropas que están bajo mis órdenes. Cuando sea tiempo, si alguna vez se presenta este crítico momento de manera inminente, lo comunicaré oportunamente á V. M.» (2). «*La situación del país es satis-*

1 Bazaine á Randon. Informe político del 10 de mayo de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

2 Bazaine á Napoleón, 10 de mayo de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

factoria, á pesar de los esfuerzos de Negrete en el norte y de las intrigas del partido juarista. La mejor prueba de ello es el aumento de las rentas públicas. Si la colonización marchara con tanta rapidez como los valientes soldados de V. M., la frontera estaría pronto en condiciones de resistir á los filibusteros del norte, pero nada se ha hecho en ese sentido, á pesar de mi empeño, y eso desanima á los más celosos y á los más pacientes» (1).

Estos informes eran leídos atentamente; Randon notó luego la contradicción que implicaban y escribió á Bazaine: «Si vuestro informe político llegase solo, se desesperaría del porvenir de México y tendríamos que salir de ahí cuanto antes. Por fortuna, vuestros informes militares y vuestras cartas particulares dan más esperanzas». Y le preguntaba si esos informes no estaban escritos por personas diferentes. Nada de eso! Unos y otros eran escritos bajo la vigilancia del mariscal y contenían ideas suyas.

Bazaine explicó así tal contradicción: «La observación tocante á las apreciaciones á que pueden dar margen mis informes políticos comparados con mis informes militares, es justa; pero como esos informes no tratan de los mismos asuntos, no dan cuenta de los mismos hechos. En cualquier otro país, la pacificación es consecuencia inmediata del vencimiento de la resistencia armada: aquí no sucede lo mismo. Dividiendo mis informes he procurado establecer debidamente esta diferencia: los progresos se sostienen por la fuerza de las armas, porque se obtiene la dispersión de los cuerpos organizados regularmente; pero son lentos y difíciles en lo referente á todos los ramos de la administración pública, porque se carece de hombres capaces, probos y enérgicos. Falta la confianza, y á pesar de la firme voluntad del emperador para organizar su imperio, llamando á todos los partidos, es mal secundado, porque una idea preconcebida impide toda adhesión sincera: la invasión americana traerá á Juárez luego que Francia deje al emperador reducido á sus propias fuerzas. Porque tienen ideas como esas, los funcionarios sirven mal cuando no traicionan. La mayoría de los empleados pertenecen á la administración llamada liberal, y es difícil encontrar otros, so pena de dar nuevos elementos á la

1 Bazaine á Napoleón, 28 de mayo de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

guerra civil empleando antiguos conservadores; porque los demócratas recibirían con gusto un pretexto para tomar las armas contra el imperio. Mi objeto, al dar cuenta sucintamente de la marcha administrativa, es exponer lealmente las dificultades que encuentra el emperador á cada paso. De ahí no deduzco que sea preciso desesperar, y por eso mi correspondencia particular presenta otras apreciaciones; pero se necesita paciencia, perseverancia y, sobre todo, hacer los esfuerzos necesarios para obtener el reconocimiento de los Estados Unidos. Si, como lo espero, Juárez ha sido expulsado de México cuando os llegue esta carta, y si el Congreso americano, que debe reunirse en octubre, decreta que sea este imperio reconocido, lo veréis entrar en una vía de pacificación y de progreso administrativo, que serán consecuencia de la confianza en su duración». (1).

II

El mariscal culpaba á Maximiliano de la esterilidad de los sucesos militares. Maximiliano sostenía lo contrario y se quejaba á Napoleón de que el sistema de las operaciones represivas adoptado por Bazaine, impedía la consolidación del imperio. En sus cartas se encuentra la mejor historia de esta fase de la expedición mexicana; por eso las reproduzco á la letra, á pesar de su francés algo germánico: «Refiriéndoos al último empréstito, nuevo servicio inmenso que debemos á Francia, llamáis mi atención hacia la cuestión hacendaria. Nadie, ciertamente, se ocupa tanto como yo en ese asunto que es de vital importancia para mi pobre país; pero es preciso que V. M. sepa cuán burlados son mis esfuerzos en ese sentido. El pasado otoño, poco después de mi llegada, yo había arreglado la hacienda por mediodo una ley de ingresos y un presupuesto de egresos que daban por resultado un superávit en vez de un déficit constante. El mariscal Bazaine, que asistía al Consejo, había aprobado todas las disposiciones dictadas. Pues bien, un mes después dió contraorden en todo lo referente á asuntos

1. 10 de agosto de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

militares y nos obligó á nuevos exorbitantes gastos. Sólo la campaña de Oaxaca costó dos millones de pesos, y militares hay que sostienen que, en agosto, el Gral. Brincourt habría podido tomar la ciudad con un millar de hombres. Entonces recordé que nuestro excelente amigo Corta decía un día: «Bazaine es el más gastador de los generales de nuestro ejército». El caos se había hecho de nuevo y era preciso una mano hábil para desenmarañar aquel enredo. Esperábamos con impaciente confianza al Mesías que Corta nos había prometido. Llegó por fin el Sr. Bonnefonds y le ofrecimos la dirección absoluta y total de los negocios. No ha aceptado; ha querido crearse una situación nueva, tomando el carácter de inspector, y en definitiva, no ha hecho nada. Espero desde hace meses con impaciencia las proposiciones que debe someterme, especialmente con respecto á las aduanas, habiéndole dejado plena libertad de acción. Yo creo que el Sr. Bonnefonds está algo desalentado: ha visto de cerca los gastos militares y debe haber comprendido que este país y sus hombres son diferentes de como se les imagina en Europa. V. M. hace alusión á influencias misteriosas dirigidas contra Francia. Puedo asegurarnos que tales influencias, en lo que á mí toca, no existen ni podrán existir. No tenéis amigo más seguro que el emperador de México, y este país, siguiendo el ejemplo de su soberano, no olvidará jamás la profunda gratitud que debe á Francia y á su ilustre emperador, que lo han salvado de la ruina y vuelto á hacer figurar entre las naciones. Si en París se ha hablado de intrigas, espero que el Sr. Dano, en sus cartas, y el Sr. Eloin, que debe encontrarse ahí, os habrán dado la clave de esos rumores. Hay que buscar su origen en Roma y en Viena. En toda ocasión hemos procurado manifestar á Francia nuestra gratitud: todavía últimamente, México ha dispuesto pagar á los súbditos franceses que piden indemnización al gobierno, un interés de 6 $\%$, lo cual no había llegado á hacerse en este país. No quiero hablar de que hemos ofrecido al mariscal, con motivo de su matrimonio, el más hermoso palacio de México, ni de las demás atenciones que hemos tenido hacia todo lo que es francés. V. M. me habla también del decreto referente á los bienes del clero. No niego que ha desagradado á muchos; pero creo que ése es precisamente su mérito, porque los dos partidos extremos han quedado descontentos. En cuestiones tan

difíciles como ésa, la única línea de conducta me ha parecido atenerme á la legalidad más estricta, huyendo de toda precipitación parcial. Hay muchos contratos que son tan escandalosamente fraudulentos, que necesitan un examen más que escrupuloso» (1).

Algunos meses después, Maximiliano volvió á exponer los mismos agravios, reforzándolos con otros nuevos: «He expuesto á Douay y á Dano la situación con mucha franqueza: les he dicho y demostrado que *los negocios administrativos y políticos van bien, pero que no puedo decir igual cosa acerca de los asuntos militares y hacendarios*, y han tenido que convenir conmigo en que *se ha hecho regresar á demasiadas tropas* y en que *la guerra ha devorado demasiado dinero. Esos son los dos males graves de México*; todos los demás desaparecerán con tiempo y con paciencia. Muchas veces he predicado al mariscal que no precipite el regreso de las tropas y que se atenga á los plazos fijados en nuestra convención; pero ¡ay! ha sido inútil. Bazaine, arrastrado por el anhelo febril de satisfacer la opinión pública, todo lo olvida y apresura el porvenir. Cien veces le he dicho que economice, probándole, con cifras, que nuestro déficit va aumentando en lugar de disminuir, porque el ejército y las infelices tropas auxiliares forman las tres cuartas partes de nuestros gastos. Por desgracia es cierto que, al cometer la primera falta, era preciso conservar y pagar todas las tropas y hordas indígenas para llenar el hueco é impedir que una disolución no vigilada por un ejército extranjero, aumentase, de peligrosa manera, el contingente de los guerrilleros. Cada vez que se comienza á trabajar seriamente en la formación de buenas tropas indígenas, el mariscal declara que el material es más que necesario para la campaña y que no puede enviar á nadie á los centros de organización. Además de los gastos que tenemos que hacer, como consecuencia del tratado de Miramar, y de la obligación de mantener esa masa de tropas auxiliares, nos es preciso expensar, desde hace un año, grandes expediciones militares, ocasionadas por la falta de buenas tropas y por la necesidad de que se paseen las pobres tropas francesas por todos los rumbos de este vasto país. Debéis recordar que cuando tuve la felicidad de ver á V. M. en París, las noticias

1 Maximiliano á Napoleón, 26 de mayo de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

militares de México eran tan tranquilizadoras, que pudisteis darme esperanzas de que todo el empréstito contratado entonces podría ser empleado en mejoras interiores. Pues bien, el resultado no confirmó esas esperanzas: todo el dinero que dejó á nuestra disposición el empréstito fué devorado por las operaciones militares; ha sido preciso contratar otro, en malas condiciones, y la pequeña suma que nos queda volverá á ser devorada por la guerra, con tanta mayor seguridad cuanto que la situación militar es peor que el año pasado. Como he dicho, el mal de que adolece México por el momento, es la falta de tropas y de dinero. Pero todo eso tendrá remedio; tengo plena confianza en la ayuda eficaz de nuestros aliados, que no dejarán incompleta la grande obra comenzada. *Los asuntos interiores van bien*; estoy muy satisfecho de mi último viaje y sobre todo de la recepción conmovedora y entusiasta que la capital me hizo á mi regreso. *Se marcha, hasta se marcha bien*, y se podría marchar mucho más aprisa si no faltaran elementos. Dije alguna vez á V. M. que me encontraría en la posición de Diógenes: he visto realizarse ese presentimiento. Hay tres categorías de hombres en México; y en ninguna de las tres se encuentra ilustración. Los viejos son testarudos y están apollados; los jóvenes no han aprendido nada; los extranjeros son medianías casi todos, ó aventureros que no tuvieron porvenir en Europa. Todo eso no me hace perder el valor: con ayuda de V. M. proseguiré la obra con calma y confianza, y el porvenir me recompensará» (1)

III

Tanto las cartas de Maximiliano, como las de Bazaine, decían la verdad. La situación administrativa era tan justamente apreciada por éste, como la militar por aquél. Pero las causas verdaderas de la mala situación señalada por Bazaine, no eran imputables especialmente á Maximiliano. El cambio de política que había hecho que los liberales reemplazaran á los cleri-

1 Maximiliano á Napoleón, 27 de julio de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

cales, había sido iniciado por el mismo Bazaine, conforme á las instrucciones del emperador; la debilidad del gobierno provenía de la rebelión persistente del país, que Bazaine estaba encargado de reprimir, y la investigación de los fraudes cometidos en las adquisiciones de bienes de la Iglesia, había sido decretada por el mariscal Forey y renovada por la Regencia por orden suya.

La inopia, verdadero obstáculo para todo progreso y para toda administración seria, reconocía por causa, según las afirmaciones verídicas de Maximiliano, la aplastante exageración de los gastos militares ocasionados por la disminución prematura del efectivo y por el sistema militar de Bazaine.

El fin de la guerra americana (26 de mayo de 1865) determinó un aumento de gastos. Temiendo una invasión por la frontera del norte, Bazaine preparó una concentración en San Luis Potosí y Querétaro y trasformó el valle de México en un vasto campo atrincherado, del cual ciento cincuenta mil americanos no habrían podido hacerle salir mientras llegaran refuerzos de Europa. Construyó obras de defensa, reparó el material, fundió cañones. Todo ello acabó de aniquilar la hacienda pública mexicana, y eso en el mismo momento en que se la acababa de imponer la obligación de pagar cuarenta millones para satisfacer reclamaciones francesas (27 de septiembre). Se estaba lejos de los ciento treinta millones exigidos por Saligny, pero todavía era demasiado. México había ofrecido pagar veinticinco millones. ¿Qué tenía, pues, de extraño que no se pudiera, por falta de dinero, organizar un ejército, ni inaugurar un buen sistema de impuestos y de administración?

El nuevo plan de concentración no sólo dió por resultado el aniquilamiento del pequeño erario mexicano; ocasionó el abandono de regiones que confiaban en nuestra protección y que nuestra retirada dejaba desoladas. El ejército todo lo dijo á voz en grito, y habría llegado noticia de tal hecho hasta las Tullerías si Napoleón la hubiese querido oír. En julio, una columna había sido lanzada, bajo el mando de Brincourt, hacia Chihuahua, para desalojar á Juárez, que tenía ahí la residencia de su gobierno. Se tenían esperanzas de obligarle á abandonar el territorio mexicano. No estaba en situación de resistir; salió de Chihuahua (5 de agosto) antes de que llegaran los nuestros y trasladó su gobierno á Paso del Norte, aldehuela sita á pocos pasos del Te-

ritorio americano. Y con la inflexibilidad serena de un antiguo romano, notificó á su pueblo «que ahí, como en cualquier otro lugar de la república donde las circunstancias hicieran conveniente que se estableciera su gobierno, el ciudadano presidente cumpliría con su deber con valor y confianza, correspondiendo al anhelo del pueblo mexicano, que no cesará de luchar en todas partes contra el invasor y acabará infaliblemente por obtener el triunfo, en la defensa de su independencia y de sus instituciones republicanas.»

Brincourt recibió orden de no perseguir á Juárez, de no alejarse de Chihuahua más de un día de camino; después, de abandonar esa ciudad y replegarse hacia Durango. Indignado, exasperado, el general no se resolvió á obedecer: «Se me hace desempeñar el papel de engañador, puesto que debo abandonar, exponiéndoles á los excesos y venganzas de los liberales, á pobres diablos que han fiado en mi palabra y que contaban con nuestra protección. Presentaré mi dimisión, si es necesario; pero no se dirá que abandoné á esos infelices después de haberles engañado. Y si, como supongo, las poblaciones se levantan detrás de nosotros, tampoco se dirá que perdí por debilidad las ventajas y los frutos de la intervención, precipitando la retirada del ejército francés» (17 de octubre) (1). No se aceptó la dimisión de aquel bravo soldado y se le calmó; pero la retirada se llevó al cabo y el resultado de esos movimientos de avance y de retroceso fué así caracterizado por el Gral. Douay: «La tranquilidad que reina en ciertos departamentos no es más que aparente y se debe sólo á la ocupación francesa. Los partidarios sinceros del gobierno son muy poco numerosos. En el actual estado de los ánimos, no se puede contar con el concurso de persona alguna, cualquiera que sea el partido á que pertenezca.»

IV.

Por supuesto que, en situación tan insostenible, diariamente se producían choques entre el gobierno mexicano, cada día más

1 Carta publicada por Gaulot.—NOTA DEL AUTOR.

exasperado por el abandono en que se sentía, y Bazaine, que mientras más tiempo transcurría, menos consideraciones le guardaba. Así, Bazaine aprehendió á unos periodistas y les condenó; Maximiliano les concedió indulto y les puso en libertad. Algunos de nuestros generales imponían multas á ciertas poblaciones; Maximiliano condonaba esas multas. A veces se contestaba con impertinencia á las comunicaciones emanadas del Estado Mayor, y se llegó hasta hacer que el mariscal esperara el día de audiencia para hablar con Maximiliano. Pero éste acababa por ceder siempre. Hubo quejas contra su secretario Eloin: le envió con una misión y le reemplazó con un francés, el abate Domenech. Su ministro de Relaciones era mal recibido: le dió la cartera de Estado.

Un día hizo una concesión funesta que había de pagar muy caro. Se le decía á cada instante: «Basta de temporizaciones: mostrad la energía de un dictador» Esa energía debía consistir en actos de violencia y fusilamientos. Les parecía que Maximiliano no estaba bastante dispuesto á ello. Había encontrado en plena aplicación el decreto de Forey de 20 de junio de 1863, que establecía las cortes marciales y conforme al cual se juzgaba sin apelación á los *malhechores armados*. Como consecuencia de su primer viaje al interior, había hecho extensivo á los guerrilleros ese decreto; pero su severidad era atenuada por numerosos indultos. Los miembros de las cortes marciales se habían quejado de ello, y el emperador había decidido «que de ahí en adelante no se le comunicasen las sentencias y que la justicia siguiera su curso sin que él interviniese» (14 de junio de 1865). A Bazaine no le pareció eso suficiente, y habiéndose esparcido el rumor de que Juárez había abandonado el territorio mexicano, creyó la ocasión favorable para volver á los antiguos rigores y hasta para inventar nuevos (1).

1 Bazaine al emperador Napoleón, 19 de octubre de 1865: «He logrado que el emperador Maximiliano dicte medidas enérgicas contra el bandidaje, que después de la partida de Juárez, no puede apoyarse ya en ningún principio político» A Randon: «El emperador se ha decidido al fin, escuchando mis consejos, á dar un prueba de firmeza que ha hecho muy buen efecto entre los conservadores» En las notas entregadas á su defensor, Maximiliano decía: «Bazaine dictó personalmente pormenores (del decreto del 3 de octubre) delante de testigos».—NOTA DEL AUTOR.

Maximiliano promulgó, pues, en 3 de octubre de 1865, un decreto, draconiano según su propia expresión, que hizo prece-der de una Exposición de Motivos en la cual rendía homena-je á Juárez: «La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juárez había ya sucumbido, no sólo á la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos (1). Hoy, hasta la bandería en que de-generó dicha causa, ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.—En consecuencia, todos los que pertenecieren á bandas ó reuniones armadas, que no estén le-galmente autorizadas, *proclamen ó no algún pretexto político*, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter y denominación que ella se diere, serán juzgados militarmente por las cortes marciales, y si se declarase que son culpables, *aunque sea sólo del hecho de pertene-cer á la banda*, serán condenados á la pena capital, que se eje-cutará dentro de las primeras veinticuatro horas después de pronunciada la sentencia.—Los que, perteneciendo á las bandas, fueren hechos prisioneros en función de armas, serán juzgados *por el jefe que hiciere la aprehensión*.—Serán tratados de la mis-ma manera los que voluntariamente auxiliaren á los guerrille-ros con dinero ó cualquier otro género de recursos; los que les *dieren avisos, noticias ó consejos*; los que, voluntariamente y con conocimiento de que son guerrilleros, les facilitaren ó vendieren armas, caballos, pertrechos, víveres ó cualesquiera útiles de guerra.—Queda prohibido dar curso á las solicitudes de in-dulto de los condenados; pero se tendrá cuidado de proporcio-narles los auxilios espirituales» (2). Se castigaba con prisión y multa «á los que, con conocimiento de causa, diesen asilo á los guerrilleros en sus casas ó fincas; á los que esparcieran de pa-labra ó por escrito noticias alarmantes; á los propietarios ó ad-ministradores de fincas rústicas, que no dieren oportuno aviso á la autoridad más inmediata, del tránsito de alguna banda por la misma finca; á los vecinos de los pueblos, que, teniendo no-ticia de la aproximación ó tránsito de gente armada, no dieren

1 Los cuatro años de la presidencia de Juárez acababan de expirar.
—NOTA DEL AUTOR.

2 Esta era una alusión á un acto del coronel Dupin, que había colga-do á cinco individuos sin ningún proceso y sin permitirles que se confe-saran.—NOTA DEL AUTOR.

aviso á la autoridad; á los que, no teniendo impedimento fisi-co, no tomaren parte en la defensa de los lugares amenazados por las bandas; á las autoridades de orden político, militar ó municipal que no obraren conforme á las prescripciones de la misma ley» Se concedía una amnistía á aquéllos que, no ha-biendo cometido delitos de orden común, se presentaren á la autoridad antes del 15 de noviembre.

Bazaine recomendó la severa ejecución de esta ley. En una circular confidencial de la cual no quedó copia en los libros, pero que fué comunicada á los oficiales, después de enumerar una serie de odiosos asesinatos, decía: «Las represalias son una necesidad y un deber. Todos esos bandidos, comprendiendo tam-bién á sus jefes, han sido puestos fuera de la ley por el decreto de 3 de octubre de 1865. Encargo á Ud. que haga saber á las tropas que están bajo su mando, que no admito que hagan pri-sioneros; todo individuo, quienquiera que sea, cogido con las armas en la mano, será fusilado. No habrá canje de prisione-ros en lo sucesivo; es menester que sepan bien nuestros solda-dos que no deben rendir las armas á semejantes adversarios. Esta es una guerra á muerte y una lucha sin cuartel que se empeña entre la barbarie y la civilización. Es menester, por ambas partes, matar ó hacerse matar».

Esas instrucciones no tardaron en ser ejecutadas. Habiendo el coronel Ramón Méndez sorprendido el 31 de octubre al valiente Gral. Arteaga y á su segundo el Gral. Salazar, pertene-cientes al ejército republicano, les hizo fusilar sin formación de causa, lo mismo que á los coroneles Díaz y Villagómez y al co-mandante González. Salazar, descubriendo su pecho y mos-trando á los soldados su corazón, les dijo: «Aquí, traidores!» Su verdugo fué inmediatamente ascendido á general de brigada.

Siguieron otras ejecuciones. ¿Cómo creer que un gobierno obligado á recurrir á medidas tan atroces, había sido elegido por el país? No era más que su opresor!

Maximiliano trataba de hacerse perdonar estos rigores alar-deando de una verdadera indiomanía. Bastaba ser indio para poder serlo todo. En uno de sus viajes oyó hablar de la hija de un maestro de escuela indio, que tenía una taberna que frecuen-taban los soldados y que, según la leyenda, era descendiente de Moctezuma: la agregó á la corte de la emperatriz, con gran in-

dignación de sus damas de honor (1). Quiso tomar á su cargo la educación del hijo de Iturbide. La madre, que había consentido desde luego, exigió después que se le devolviera su hijo y fué á quejarse á Washington y á París de que no se le devolvía. Asistió á la inauguración solemne de una estatua de Morelos, uno de los autores de la independencia mexicana; preparó un proyecto de emancipación de los jornaleros indios (2), *peones*, que eran algo así como esclavos de los hacendados. Pero nada de eso mejoraba la situación: el movimiento de insurrección, reprimido en un punto, renacía en otro; Matamoros, defendido por Mejía, estaba incesantemente amenazado. Bazaine escribía á Napoleón: «Se gasta mucho y se cobra poco; la confianza y el crédito son nulos» (3).

La profunda indignación que causó el decreto del 3 de octubre, aprovechó á Juárez: desde su aldea fronteriza, era más dueño de las almas que Maximiliano en México. Su poder presidencial tocaba á su fin. Constitucionalmente, en caso de quedar vacante la presidencia, ésta correspondía de derecho al presidente de la Suprema Corte de Justicia, González Ortega; pero Juárez estimó que esa disposición era inaplicable, porque la presidencia no estaba vacante: había solamente imposibilidad de proceder á la elección. El mismo prorrogó sus poderes (8 de noviembre de 1865) hasta que fuese posible verificarla. Y como González Ortega reclamase, le declaró, por medio de otro decreto, destituido de su cargo por el delito de abandono del servicio militar desde hacía nueve meses, que había permanecido en los Estados Unidos. Con raras excepciones, nadie reclamó y Juárez siguió siendo reconocido como jefe incontestable de la república militante.

1 Van der Smissen á su ministro, 8 de octubre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

2 1.º de noviembre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

3 Bazaine al emperador Napoleón, 28 de noviembre de 1865.—NOTA DEL AUTOR.

Cada día era menos dudoso que Maximiliano se acercaba á la hora de la ruina. Un antiguo ministro juarista, Jesús Terán, establecido en Suiza, y que, antes de la aceptación de la corona, había tratado de disuadirle, se creyó obligado á hacerle una última advertencia: «Creo que ha llegado para el archiduque el instante de reflexionar seriamente en lo precario de su situación, y de salir de México, antes de que la fuerza de las cosas le obligue á ello. La falta de confianza en la estabilidad del imperio va en aumento y tiende á generalizarse; no está lejos el día en que ese desafecto se extienda á toda la población. Si yo estuviese en su lugar, celebraría un armisticio con el gobierno constitucional, firmaría un tratado lo más conveniente que fuese posible, despediría al ejército francés, conforme al convenio de Miramar; publicaría en fin un manifiesto explicando mi conducta y abandonaría el país, cumpliendo así la promesa hecha de retirarme luego que reconociera que mi presencia fuese contraria al voto popular»

Maximiliano no tomó de esta carta más que lo relativo á concluir con Juárez un armisticio; parecióle aquello un acto de profunda diplomacia, y contestó: «Mucho deseo entenderme con Juárez; pero ante todo debe él reconocer la resolución efectiva de la nación y es preciso que se decida á colaborar con su inquebrantable energía y con su inteligencia en la difícil obra que he emprendido. Que venga á ayudarme sincera y lealmente, y será bien recibido, como lo son todos los mexicanos» Era en verdad sorprendente la ingenuidad de aquel pobre príncipe!

Empero, por más ingenuo que fuese, se daba cuenta de las invencibles dificultades de su situación y las explicaba á Napoleón en una carta que acababa de fijar las relaciones entre ambos y las recíprocas responsabilidades: «Para desarrollar los recursos y volver fáciles los cobros, y para que esos recursos no sean en parte absorbidos, es preciso que el imperio esté pacificado. Es ése un problema á cuya solución es urgente llegar, porque la guerra arruina al tesoro mexicano, extrayéndole sesenta millones anuales. Se siente uno inclinado á creer que la formación de un ejército nacional no es posible, puesto que el mariscal, encargado de ella por un decreto firmado dos días después de mi llegada, no la ha logrado aún. Nunca me ha faltado buena voluntad para alcanzar ese fin. Solicité generales, como Brincourt, Lhéruillier, Delajaille, y oficiales franceses,